



por BERNARDO  
FERNÁNDEZ-PACHECO  
VILLEGAS

**L**eía recientemente en una revista especializada en bicicletas, cómo en Seattle, ciudad norteamericana del estado de Washington con más de 600.000 habitantes, se había dotado a la policía de unas espléndidas bicicletas —pero bicicletas al fin y al cabo— provistas de un equipamiento muy completo que, por supuesto, incluía radio.

Al poco tiempo me llegaba la noticia de que se piensa dotar con varias motocicletas de una cierta cilindrada —quiero decir que no serán vespinos— a la policía municipal de Manzanares.

Desconozco las razones y necesidades que justifican la nueva motorización de nuestros policías, pero me parece algo chocante. Será quizás porque soy de los que prefieren al agente de orden tipo «boby» inglés, que sin pistola al ristre ni más arma que un minúsculo «walkie-talkie», a pie o en bici, se presta, amable y pacientemente, al nada fácil servicio en las calles. Por el contrario, me causa un cierto desasosiego el policía montado-motorizado y cargado de chismes.

No pueden ser iguales ni las formas de establecer comunicación o solicitar colaboración del agente reconocible, desprovisto del aparatoso casco, gafas y toda la parafernalia motera, que la del montado-motorizado; no es la misma la autoridad que emana del uno y del otro. El primero nos produce una proximidad y accesibilidad que contrasta con la lejanía y distanciamiento del segundo. Esto se detecta sólo desde el análisis superficial; porque el asunto tiene en realidad más enjundia de la que aparenta a simple vista: consideremos que el oficio en cuestión no trajina con cuestiones baladíes, sino que maneja ele-

## Policía Montada

mentos relacionados con el orden y la autoridad, con la paz de las calles en definitiva.

Todos los oficios tienen un hábito que los favorece y, si no los hace, si que contribuye a su mejora. La policía en general, pero sobre todo la local, se ve sobremanera afectada por esta cuestión, dada su cotidiana

proximidad y el importante papel social que juega. Parte de ese hábito es el vehículo de transporte y, sin tratar de excluir aquellos instrumentos que el progreso nos trae, ni mucho menos, entre la moto y la bicicleta se aprecian diferencias más que sustanciales.

Pero al margen de estas apreciaciones, que la policía de Manzanares no cuente con un mínimo «parque» de bicicletas, que no recupere aquella imagen del guardia pedaleando sin más ruidos, ni más alardes, ni más contaminación, tal como los veíamos no hace tantos años, si que es un desacierto, máxime ahora que las calles están lisas y no con las dificultades del empedrado.

Lo progresista del asunto, sin duda, está en soluciones que nos hagan compatibles los nuevos medios con lo más aprovechable de los antiguos: no basta con recomendar que no se utilicen los vehículos a motor en las ciudades, hay que predicar con el ejemplo. Una ciudad de las dimensiones de Manzanares, llana, con problemas de aparcamiento en el centro, con tráfico de vehículos a motor más que cargado en ciertas vías y a ciertas horas, con un altísimo nivel de ruidos en las calles más frecuentadas, con un mínimo de personas que usan la bicicleta como medio de transporte habitual, hubiera merecido mejor ejemplo. Y quién mejor que la policía municipal para haberlo dado.

